



Francisco Á. Cañete Páez
Licenciado en Ciencias
Económicas, Comte. de
Infantería y Profesor
Mercantil

IMPORTANCIA DEL CARÁCTER SOCIAL DE LA MILICIA EN EL DEVENIR INTRÍNSECO DE LOS PUEBLOS

“El ejército, es de todo punto imprescindible en la sociedad moderna. Desde tiempo inmemorial, la milicia armada estuvo íntimamente ligada a la seguridad y confianza de los pueblos y ciudades. La moral militar, tal como hoy es concebida, arranca de una época en que toda la sociedad era un puro ejército. En este sentido la “invocación a lo social”, es las más de las veces una forma de llenar un vacío, un modo de recubrir la carencia de una fuerza auténtica, basada en un común destino que puede llegar a ser modelo de abnegación y sacrificio. A destacar el importante “aspecto social” de la milicia en la sociedad, van dedicadas las presentes líneas”.

INTRODUCCIÓN.-

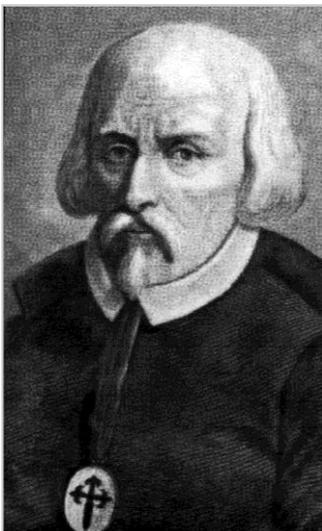
Dentro de la vida de un pueblo, el Ejército es algo con que forzosamente hay que contar. Está verdad tan sencilla, es algunas veces pasajera olvidada. Si en ocasiones, los gobiernos, la política, los hombres en fin, creen que pueden permitirse ese lujo de vivir sin necesidad de montar la guardia, es en las épocas de excesivo optimismo, en que se piensa que la existencia es un dulce don que podemos pródigamente deshojar sin tasa. Los despertares de tales sueños no son agradables, y por desgracia, en muchas ocasiones, hay que acudir de prisa y corriendo, con angustia, a las armas. (Precisamente, en estos días que escribo estas líneas (agosto de 2023), lleva ya más de un año y medio una sangrienta Guerra en Ucrania, injustamente invadida por Rusia, y a la que no se ven indicios de un pronto acuerdo o cese de hostilidades). El Ejército es un órgano no ya necesario sino imprescindible en la vida social, que no se nota si marcha adecuado a su misión, pero que, como cualquier órgano del cuerpo humano, empieza a doler cuando funciona defectuosamente. No es la Milicia un capricho, ni un lujo de ricos, sino techo y cobijo, valla y cerco, y primordial custodia de lo cotidiano. Pequeña sociedad, con sus hombres, con sus medios de vida, con su organización y con su moral. Por ella, y hasta muy pocas décadas, han pasado todos los ciudadanos útiles, y ese paso significaba para cada uno de ellos el espaldarazo de la virilidad, que imprime sobremanera un modo y un estilo de vida. Hoy, -tras la supresión del Servicio Militar Obligatorio por Real Decreto de 9 de Marzo de 2001- la Recluta Voluntaria de mujeres y hombres para servir a España desde las filas de nuestras Fuerzas Armadas, nos está dando un magnífico resultado de amor y servicio a la Patria. Siempre la Milicia en su más amplio sentido, ha intervenido de manera decisiva en la creación y desarrollo de los pueblos y en su vida íntima y

familiar. Por ser la “Clase Militar” la encargada de infundir a las generaciones aquel sello peculiar, que ha representado y representa un papel político de primer orden.

LA VIDA MILITAR EN LA EDAD DE ORO DE ESPAÑA.-

En el Ejército del Siglo XVI, la alta jerarquía militar aparece generalmente unida a la nobleza de sangre. El Mando se daba a los titulares e hijos de las grandes Casas, con preferencia. Hablando de las condiciones en que se desarrollaba la vida militar de entonces, nos dice nuestro Calderón estas palabras, extraídas de su bello poema en honor y homenaje a la profesión militar [1]: “Porque aquí que nadie espere, que ser preferido pueda, por la nobleza que hereda, sino por la que él adquiere. Porque aquí a la sangre excede, el lugar que uno se hace, y sin mirar cómo nace, se mira como procede”. La cuna importa pues, poco, y su modestia puede sublimarse por la bondad de sus propias obras. Probablemente no se ha llegado a una mayor humildad humana, fuera de la de los místicos, y a la par, a un más rudo y valiente orgullo del lugar que cada cual se va haciendo entre los demás, sin más consideraciones. Este sano equilibrio entre la humildad y el orgullo, tenía, como todos los equilibrios, un gran sentido de perfección. Y el que las más altas jerarquías se adjudicasen casi siempre a personalidades destacadas de la nobleza, no significaba la supeditación de unos individuos a otros por el mero hecho de ocupar cada uno un cierto lugar en la escala social, a la manera que hoy se entiende la separación de clases. Hay que tener en cuenta que las primeras Academias militares, propiamente dichas, no aparecieron hasta bien entrado el Siglo XVI, tardando aún mucho en generalizarse y organizarse debidamente. No había así, para el Ejército, en la etapa que consideramos, más escuela que la práctica de la guerra, siendo por ello

altamente estimada la veteranía. Pero la costumbre no crea verdadera cultura. El soldado viejo -veterano diríamos mejor- curtido en mil batallas, rara vez sabía algo más que pelear admirablemente frente al enemigo, ya fuese pie a tierra o a caballo; fuera de ello estaba totalmente ayuno de la ciencia necesaria para dirigir un combate de envergadura. Este vacío se cubría admirablemente gracias a la educación que recibían las clases selectas, formadas en el cultivo a las letras, en la práctica de los ejercicios y en la devoción del honor. La educación física y la intelectual se hermanaban



Pedro Calderón de la Barca

en un tipo cuajado, maduro, denso en virtudes de todo orden, al que era forzoso conceder primacía, categoría y rango. El hidalgo de nuestros siglos XVI y XVII, recibía en su niñez, adolescencia y juventud, una educación tan dura, disciplinada y espinosa, que el pueblo reconocía de buena gana su superioridad. Este hidalgo, fanático del deber y bien probado en la vida áspera, es el caudillo militar de nuestra Edad de Oro. El Duque de Alba, Don Álvaro de Bazán, Don Juan de Austria y tantos otros, que llevaron sangre noble cuando no real, tenían una personalidad tan acusada que su fuerza de irradiación es total y absoluto su poder de contagio: piden y es forzoso seguirlos. Al “Señor Soldado” de los Tercios, la tropa mercenaria, de extracción ínfima muchas veces, muchedumbre que sabe con frecuencia lo que es la galera, se siente ganada por aquél influjo. Al alistarse, el pillito redomado o el manchado por la sangre inocente de una víctima suya, se nota otro; un como baño espiritual liquida su pasado y ante el futuro se abre impoluto, como un libro con las hojas en blanco.

LA MORAL DE LOS CABALLEROS.-

La fuerza de las Instituciones reside en la potencia de su valor moral. Si son creadas artificialmente sólo duran lo que el poder cuyo capricho las alzó, pero si responden a una necesidad o a un anhelo humano, no pasan, pueden oscurecerse momentáneamente, más luego vuelven. La mora militar, tal como hoy es concebida, arranca de una época en que toda la sociedad era un puro ejército. La “Hueste” medieval está formada sobre la base de los caballeros u hombres a caballo, aunque también tenga “peones” o gente llana de a pie. Ser soldado es, entonces un alto honor, que se cumple aún a toda costa de toda clase de sacrificios económicos. La moral que al calor de esta idea se forma es una moral de caballeros, calcada sobre las más selectas

virtudes. Sus huellas son infinitas, y esas huellas perduran aún, pese a la mudanza de los tiempos. Ya para Alfonso X El Sabio (Siglo XIII) el caballero ha de poseer las cuatro virtudes fundamentales del hombre de acción: “*Cordura et Fortaleza, et Mesura, et Justicia*”. Pero pasa el tiempo, y en tiempo de los Reyes Católicos, su Consejero López de Vivero mantiene intacta la idea. En su “*Tratado del Esfuerzo bélico heroico*” dice, al referirse a la actividad militar, que los actos del varón fuerte, para que sean virtuosos han de revestirse de “Fortaleza o esfuerzo, Justicia, Prudencia y Templanza”.

Calderón, al que ya he citado con anterioridad, atribuye al soldado cualidades nobles como la “cortesía”, el “buen trato”, la “fineza” entre otros, sentimientos todos delicados, cuyo realce es mayor en medio de las brusquedades propias de un hábito de luchas. Finalmente Saavedra Fajardo dice que “*Quien mira lo espinoso de un rosal, difícilmente se podrá persuadir de que entre tantas espinas haya de nacer algo de lo más suave y de lo más hermoso*”. Así eran aquellos soldados de nuestros Tercios: “sobrios, esforzados y valientes”. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta lo infinito, y demostrarían como la idea caballeresca de la lucha ha informado las costumbres y modos militares, y pugna por perdurar, aún en medio de los peores ambientes dominados por un sucio afán utilitario. Los tiempos se vuelven, en efecto, cada vez más prácticos, pero al borrarse el sentimiento del honor que antaño animara las manifestaciones más capitales de la vida civil, resalta acusadamente el sentido moral característico de la Milicia. En nuestra tropa actual, el honrado campesino antiguo y miembros del Reemplazo Obligatorio, han sido sustituidos por una Recluta Voluntaria integrada por mujeres y hombres con alto espíritu, que están dejando en un muy buen lugar a nuestras Fuerzas Militares. Hoy día, las jerarquías se hacen patentes por el estudio y la práctica cada vez más culta; las formas de trato se allanan, pero la moral no ha tenido cambio, y la propia estimación sigue siendo, como diría Calderón: “*Caudal de pobres Soldados*” *Que en buena o mala fortuna, la Milicia no es más que una, Religión de hombres honrados*”.

LA SOLIDARIDAD DEL PELIGRO.-

Porque la Milicia es la única disciplina profana donde se enseña algo más que la indispensable técnica profesional, el simple oficio, pues en ella se exalta el deber y se educa hacia la posesión de una

conducta leal, humana y hasta podríamos decir que “entrañable”. Y como atributo de ésta figura un fuerte sentido de solidaridad, una unión basada en la misma educación del espíritu y en la posible participación en comunes peligros. La moral moderna ha individualizado extraordinariamente al hombre, desligándole de sus semejantes. La palabra social y sus derivadas están excesivamente gastadas para que no resulte sospechoso su uso. La invocación a lo social, aún dentro de los ambientes profesionales, es, las más de las veces, una forma de llenar un vacío, un modo de recubrir la carencia de una fuerza social auténtica, basada en un común destino, que puede llegar a ser de sacrificio. Parece una paradoja. Pero la posibilidad de sacrificio encierra, entre individuos de determinada contextura, un poder de atracción extraordinario. Un poder que borra diferencias, acorta distancias, e iguala caracteres.

El hombre de guerra, desde el Mando supremo hasta el último ranchero, tiene siempre una fisonomía peculiar única. Para el que no está en el frente, el que de allí viene es otra persona. El estudio del caso es complicado. Son muchos los motivos que contribuyen a formar esa fisonomía física y moral del combatiente. Pero entre ellos figura, en muy primer plano, la familiaridad con el peligro. Una familiaridad que iguala a todos, porque la muerte es única, y una bala enemiga no distingue de categorías. Mirar al peligro bajo un sentimiento del deber, es acostumbrarse a mirar ya, toda la vida, desde un ángulo especial.

EL EJÉRCITO, SOCIEDAD EN MARCHA.-

Por todo esto, siempre todo cambio político ha influido o tratado de influir en las filas militares, conscientes de lo que estas representan, no sólo por su fuerza material, sino por su expansiva fuerza moral. Sería difícil decir si existe una ética militar única, por encima de regímenes y de gobiernos, basada en ciertos postulados ajenos a los vaivenes políticos “disciplina”, “sentido del deber,” etc., pero es indudable que cada sistema de vida- que es lo que representa un Régimen- tiene su milicia. Los

pueblos nómadas, andariegos, pastores, aventureros, crearon al “soldado montado” que “vivía a caballo”, especialista en algaras y razias. Los pueblos sedentarios, industriales, cultos, forjaron el soldado “de a pie”, muy bien armado, con una técnica cuidada, meditada y científica. Las Revoluciones, por su parte, trajeron siempre cambios en la táctica, en la moral, y en la organización castrense. El Ejército de la Revolución Francesa, ya no es el “Ejército de los Luises”; la dispersión de las vanguardias, que aquél inicia, es un poco consecuencia de un concepto individualista de la disciplina, muy en consonancia con la “*Tabla de Derechos del Hombre*”.

EPILOGO EMOTIVO.-

Y ya para concluir, tan sólo afirmar, que no basta unir unos hombres, darles unas armas y decirles “¡Adelante!”. Es preciso indicarles a donde. Toda guerra, es así, una marcha, un quehacer. Y el Ejército, preparado en paz para esa guerra, el atleta que se dispone a emprender la carrera ¿Cuál es esta? La que representa el poder que le mueve, que ya habrá tratado previamente de inculcar sus postulados en las jerarquías y en la tropa. Todo ello nos lleva, de modo forzado, a una consecuencia: El hombre de Armas ha de llevar siempre en su interior un programa o, si se quiere, un sentido de la vida y de la sociedad. Sin él, es sólo un simple pendenciero que pega y que recibe, sin saber exactamente por qué.

NOTAS: [1] PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA (Madrid, 17-Enero-1600) Madrid (25-Mayo-1681)

Fue un eximio poeta, soldado y dramaturgo. De joven abandonó sus estudios religiosos y “sentó plaza” como soldado en las Banderas del Duque de Frías y posteriormente en las del Duque del Infantado, con las que interviene en las campañas de Flandes y Norte de Italia, siendo promovido por su valor en el combate a Cabo de Escuadra de Caballería. Entre las múltiples composiciones lírico-castrenses de Calderón, hay unos versos preciosos, en los que refleja en su forma más encendida, su amor por nuestros Ejércitos así como su admiración por aquellos soldados que “*Todo lo sufrian en cualquier asalto*”, y lo único que no toleraban es “*Que les hablasen alto*”. ¡Honor y Gloria al ínclito Don Pedro Calderón de la Barca!

NECROLÓGICA 166

Han fallecido nuestros compañeros y asociados:

D. Carlos Ariza Rioboo, socio 800, falleció el 30 de noviembre de 2022.

D. Juan Negro Pastor, socio 2358, falleció el 20 de diciembre de 2022.

D. Juan Rogerio Barragán, socio 395, falleció el 25 de julio de 2023.

La Junta Directiva de AMARTE, expresa a sus familiares su más sentida condolencia y ruega a todos sus asociados una oración por sus almas.

Al mismo tiempo, hace saber a sus respectivas viudas e hijos que en AMARTE siempre encontrarán la información y el asesoramiento que necesiten.